

A treinta años del martirio de Ignacio Ellacuría: pensar la salvación hoy¹

Marcela Brito

Catedrática del Departamento de Filosofía de la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas”

“Un hombre del pueblo de Neguá, en la costa de Colombia, pudo subir al alto cielo.

A la vuelta, contó. Dijo que había contemplado, desde allá arriba, la vida humana. Y dijo que somos un mar de fueguitos.

—El mundo es eso, reveló. Un montón de gente, un mar de fueguitos.

Cada persona brilla con luz propia entre todas las demás. No hay dos fuegos iguales. Hay fuegos grandes y fuegos chicos y fuegos de todos los colores. Hay gente de fuego sereno, que ni se entera del viento, y gente de fuego loco, que llena el aire de chispas. Algunos fuegos, fuegos bobos, no alumbran ni queman; pero otros arden la vida con tantas ganas que no se puede mirarlos sin parpadear, y quien se acerca, se enciende”

(Eduardo Galeano, “El mundo”, *El libro de los abrazos*).

Este brevísimo cuento de Eduardo Galeano resume, en alguna medida, lo que ha significado para mí, como académica e investigadora, acercarme a Ignacio Ellacuría a través de su pensamiento, obra y testimonio de quienes lo conocieron. Considero, luego de tres largos años dedicados a escudriñar su obra y buscar dilucidar *quién es* Ignacio Ellacuría, que es imposible no enfrentarse al ingente legado, suyo y de sus compañeros, sin quedar anonadada, deslumbrada y, me atrevo a decir, radicalmente transformada y abrasada por esa pasión que busca la libertad y la justicia.

Suele considerarse a la filosofía como un saber desapasionado, asépticamente racional e incluso indiferente al dolor que marca el rumbo de la historia humana, especialmente el de las víctimas de la historia, como en su momento denunciaron pensadores de la talla de Walter Benjamin, Hannah Arendt, Simone Weil o Ernst Bloch. La realidad, como objeto radical de la filosofía, ciertamente rebasa en todo su poderío y dinamismo los límites de la inteligencia humana, pero no es menos cierto que el signo que marca la pauta de nuestro devenir como realidad intramundana es constitutiva negatividad: “En América Latina y en el Tercer Mundo, se aprecia con crudeza la gravedad de la trampa idealista, transmitida sobre todo por la filosofía y la teología tradicionales, pero también por el lenguaje político. En los tres casos se transite una fuerte dosis de opio con lo que se elude la crudeza de la realidad”². Esta peligrosa desviación de la realidad ha devenido en complicidad de la

1 Ensayo presentado el 14 de noviembre de 2019 en el evento “Al encuentro con el legado de los mártires de la UCA”, en ocasión de la celebración del XXX Aniversario de los Mártires de la UCA.

2 “Zubiri, cuatro años después”, en *Escritos filosóficos III*. San Salvador: UCA Editores, 2001, p. 402.

filosofía con la opresión, en la medida que la filosofía ha pretendido ser universalista, racional, atemporal y, en consecuencia, quien filosofa se olvida del lugar, los intereses y propósitos para los cuales filosofa. Este lastre en la historia de la filosofía es lo que Ellacuría, siguiendo a Zubiri, denomina como reduccionismo idealista, que decanta en una logificación de la inteligencia y una entificación de la realidad: “[D]esde Parménides para acá, el ente y el ser han desplazado en la filosofía a la realidad y con ello la filosofía ha dejado de ser lo que debe y los hombres, intelectuales o no, son desviados de las exigencias de la realidad a las posibles ilusiones del ser, cuando el ser no se muestra radicado en la realidad”³.

Alerta frente a esta mistificación del saber, desde su juventud, Ellacuría persiguió nuevos derroteros que permitieran al ser humano liberarse de la opresión objetiva y subjetiva, así como abrir el horizonte de su realidad cotidiana más material a lo más hondo de la transcendencia, desde la integralidad de la vida misma, al encuentro pleno con Dios, con los demás y consigo mismo. Si examinamos tan de cerca como nos puede ser posible los escritos y testimonios que nos dejó, podemos ver que Ellacuría encontró en diversos maestros algunas importantes pistas para poder llegar a asir esa radicalidad: en sus años de formación (1951-1961), Miguel Elizondo le enseñó la importancia de un saber vivo, riguroso y profundo; de Ángel Martínez recibió las palabras que mejor describen la hondura humana y el inminente peligro de la despersonalización, la mecanización y banalización de nuestro mundo bajo el signo del capital. En Karl Rahner encontró no solamente la importancia de la historicidad de la fe que se arraiga en la vida, sino también el carácter misterioso de la revelación de Dios para cada momento histórico particular, de modo que la fe ya no puede comprenderse a sí misma como un monolito inoperante, sino como testimonio de la posibilidad misma de la irrupción de Dios en nuestro mundo: es aquí donde el escrutinio del signo de los tiempos se vuelve la piedra

de toque de cualquier reflexión teológica, filosófica, política y universitaria de cara al problema del cambio de rumbo civilizatorio.

Estos primeros años no solo nos dan una pista clave para entender el rumbo que tomará la producción teórica y la praxis efectiva de Ignacio Ellacuría, sino que también explica en buena parte su amistad con Xavier Zubiri: su idea de realidad, afincada en su riguroso análisis del problema de la esencia, proporcionó un enfoque superador y omniabarcador de todos los contenidos que Ellacuría previamente aprendió en sus años de estudio en Quito e Innsbruck. En Zubiri, le fue posible encontrar el horizonte en el que la filosofía, la teología, la fe y la praxis se dan la mano; donde intramundanía y transcendencia se encuentran por la vía de la religación. En consecuencia, se abre la posibilidad de encontrar, desde la actividad filosófica misma, el principio de la liberación integral desde el hondo arraigo en la realidad que le es propio. De aquí deriva el carácter principal de la realidad en el pensamiento ellacuriano que ya este exploraba desde sus primeros años de formación filosófica y teológica.

El problema de la salvación es, pues, en clave teológica, el eje fundamental que dinamiza todo el pensamiento de Ignacio Ellacuría. En clave secular, son la civilización de la pobreza y la liberación integral de la humanidad las ideas que sintetizan esta preocupación nacida de la apabullante y real presencia de la miseria y opresión en todos los órdenes de la vida humana. Esta superación se convierte así en motor de todo saber crítico y, en consecuencia, tarea propia de la filosofía y la teología, por la radicalidad propia de su objeto. Por ello, el tránsito de la filosofía zubiriana a la filosofía de la realidad histórica evidencia no tanto un distanciamiento entre Ellacuría y su amigo y maestro, sino más bien una radicalización de las posibilidades metafísicas, epistemológicas, antropológicas y prácticas que propicia una idea de realidad dinámica, estructural, abierta y posibilitante:

3 “Superación del reduccionismo idealista en Zubiri”, en *Ibid.*, p. 409.

“En Zubiri se trata sobre todo de una discusión teórica en busca de la verdad. Lo que le interesa no es distinguirse de los demás filósofos, sino buscar el camino, el método, para que se actualice en la inteligencia el máximo de realidad, cuantitativa y cualitativamente entendida, si queremos usar este lenguaje, y con el método adecuado ir mostrando lo que ha podido alcanzar de esa realidad en su penoso, penosísimo esfuerzo de filosofar, incluyendo desde luego en la realidad lo que es la intelección en toda su complejidad. Pero esta búsqueda de la verdad, esta voluntad de verdad no tiene tan sólo un valor teórico. Tiene, además, un valor ético: el dedicar la vida a la búsqueda de la verdad, porque esa verdad encontrada engrandecerá al hombre, lo hará más honesto, lo hará más libre y también más útil para sí mismo y para los demás. Por lo menos, posibilitará todo ello. Por eso no ha de ignorarse la capacidad transformativa del filosofar y de la filosofía. Ya esa tarea emprendida para desvelar el secreto profundo que puede haber ante formulaciones en apariencia poco peligrosas, lleva a armar al lector no sólo en una sospecha crítica fundamental, sino con los instrumentos adecuados para verificar esa sospecha. Hace falta un paso más. Y ese paso consiste no sólo en reconstruir un pensamiento más adecuado a su misión primariamente de supervivencia biológica y humana, sino en ayudar a transformar una realidad que permita asimismo el que haya vida (biológica) y el que esa vida llegue a su plenitud para cada hombre y para todos los hombres. Aunque las aplicaciones de este propósito no son muy explícitas en el propio pensamiento de Zubiri, no por ello falta en él ese propósito e intención y, lo que es más importante, lo contribuido por él al pensar hace que éste, con esfuerzo añadido, pero sin desviaciones, pueda cumplir y realizar mejor este propósito”⁴.

Ello nos conduce a la realidad histórica como categoría propia que asume sistemáticamente estos presupuestos que parten de las ideas de filosofía y de realidad en Zubiri, pero que también pueden vislumbrarse en las influencias de sus primeros maestros. La realidad histórica, si bien es cierto no es una categoría original de Ellacuría, sino zubiriana, es el foco del que partirá su pensamiento y obra a partir de la década de 1970, y no debe extrañarnos que así sea, en vista de la agudización de las condiciones de miseria, opresión, violencia y corrupción que El Salvador experimentó, pasando por el estallido de la guerra civil en 1980 hasta el asesinato de Ellacuría, sus compañeros jesuitas y sus colaboradoras en 1989.

Para Ellacuría, la realidad histórica supera cualitativamente los objetos de la filosofía de Hegel, Marx y Zubiri, al asumir la historicidad, la materialidad de la realidad en sus dimensiones biológicas y económicas, y el dinamismo estructural de lo real en toda su apertura. Es por ello por lo que, tanto en sus trabajos filosóficos, teológicos y en sus agudos análisis políticos, es un poderoso hilo conductor que le permitió denunciar el encubrimiento del sufrimiento de las víctimas y desenmascarar la idolatría a la riqueza, la doctrina de seguridad nacional y el individualismo como motor oculto de la represión mantenida por las estructuras del Estado salvadoreño con la complicidad y el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos. Pero esta misión por el desvelamiento de la verdad y la realización de la justicia no se entiende rectamente sino a la luz de la fe de Ignacio Ellacuría, que cuaja en su idea de filosofía como un saber y una forma de vida al servicio de la liberación. Anuncio y denuncia. Utopía y profetismo.

Durante las décadas de 1970 y 1980, Ellacuría concreta en su obra este esfuerzo por pensar en un futuro distinto para la humanidad, desde el pueblo crucificado como lugar teológico y hermenéutico para

4 *Ibid.*, pp. 417-418.

alumbrar la verdad que liberará de la opresión de la civilización del capital: “Este enfoque de la actuación de las potencias occidentales actuales con respecto a los países del Tercer Mundo se caracteriza, dicho de una manera breve, por cubrir una realidad, que fundamentalmente es de dominio y de opresión, con un manto ideológico muy bonito pero que no es más que pura fachada. Con ello lo que están consiguiendo es falsificar la realidad. Y esto es preciso desenmascararlo. [...] En realidad es el tercer mundo quien descubre al primer mundo en sus aspectos negativos y en sus aspectos más reales”⁵. Lo anterior implica, pues, que es el lugar de negación de verdad y justicia, el lugar del pueblo crucificado, el que se convierte así en criterio de revelación y de denuncia profética, así como de anuncio del advenimiento del Reino de Dios que revela el siervo doliente de Yahvé, signo de la presencia salvífica de Dios entre los más pobres y necesitados. Citando a Ellacuría: “Ese signo es siempre el pueblo históricamente crucificado, que junta a su permanencia la siempre distinta forma histórica de su crucifixión. Ese pueblo crucificado es la continuación histórica del siervo de Yahvé, al que el pecado del mundo sigue quitándole toda figura humana, al que los poderes de este mundo siguen despojando de todo, le siguen arrebatando hasta la vida, sobre todo la vida”⁶.

Es en la realidad histórica y su correspondiente altura procesual, constituida por una cerrazón de posibilidades, donde las oportunidades son escasas y el derecho es privilegio de pocos, donde la acción profética de Ellacuría cobra su pleno sentido y nos pone sobre aviso de la misión que también nos corresponde a todos y cada uno de nosotros como constructores del camino del Reino. Por ello, junto con la idea de una filosofía cuyo objeto es la realidad histórica como dimensión omni-barbadora y liberadora de realidades más ricas y plenas, así como de una función libe-

radora, crítica y creativa, Ellacuría consideró en los puntos más álgidos de la crucifixión del pueblo salvadoreño durante la década de 1980 que la función utópica también es fundamental frente al desafío de la salvación de la historia: la viabilidad de nuestro mundo, de la vida de nuestras hijas e hijos y de las generaciones que han de venir.

Ignacio Ellacuría propuso, desde este horizonte que es la realidad histórica, una civilización de la pobreza como superación de la civilización del capital. No obstante, también nos advirtió de la tentación de confundir la salvación y la liberación con el mero equilibrio económico. Que Dios se haga cada vez más presente entre nosotros, que la salvación sea más palpable y real, también pasa por convertirnos radicalmente en espíritu y en verdad. Así, la salvación que trae el cambio del rumbo histórico —de la venida del tiempo que frena todas las violencias, como denominaba Benjamin a la venida del Mesías— pasa por la transformación de todos los órdenes de nuestra vida: personal, social, estructural, económico, político, cultural, de género, entre otros. Implica renunciar a las idolatrías del capital, que pide constantemente víctimas humanas para subsistir, así como el abandono superador del individualismo, el egoísmo y el materialismo que despoja a la vida humana de todo sentido y misión.

Esta fe que Ellacuría dejó sentir en sus escritos, sus palabras, sus acciones y en su vida total nos llama a ser pobres con espíritu y trabajadores incansables del Reino. La civilización de la pobreza fue y es una manera de denominar ese contenido misterioso y real del Reino viniendo siempre a nosotros, que se hace más real en la medida en que nos humanizamos y buscamos una vida austera, compartida y solidaria. Profetizar una civilización de la pobreza y denunciar los males del falso dios del capital le costó a Ellacuría su vida en aquella madrugada del 16 de noviembre de 1989. La efectividad

5 “Quinto centenario de América Latina: ¿descubrimiento o encubrimiento?”, en *Escritos teológicos II*. San Salvador: UCA Editores, 2000, pp. 526-527.

6 “El pueblo crucificado. Ensayo de soteriología histórica”, en *Escritos teológicos II*, op. cit., p. 134.

de su pensamiento y la potencia de su vida total, que persiguió activamente revelar al crucificado y al resucitado en este mundo, resultó intolerable para el poder maléfico de la riqueza y la doctrina de la seguridad nacional. Sin embargo, su persona y su legado continúan resucitando e interpelándonos en un momento histórico en el que aparentemente no hay salidas, porque nos sentimos absorbidos irremediablemente por la banalidad, el entretenimiento vacío y el despropósito de una vida que se mueve en la inercia de la necesidad material, que no nos permite detenernos a preguntar para qué hemos sido llamados en este mundo.

Esta interpelación, profundamente ignaciana, pero sobre todo jesuánica, es la que debe enfrentarnos con la desesperación y la angustia que nos cargan los diversos males de este mundo globalizado, donde la riqueza sigue siendo de pocos y las migajas del desarrollo siguen quedando en manos de los más pobres. Ante la crisis climática, el agotamiento de los recursos naturales, la contaminación, la pobreza, la violencia y la represión, el espíritu que insufla la persona de Ignacio Ellacuría debe alentarnos a esa esperanza contra toda esperanza que nos anuncia san Pablo, y repensar en la salvación hoy. La historia es lugar de apertura, pero también de revelación de esa novedad liberadora que nos trae la acción salvífica de Dios de la mano de la humanidad.

Aquí y ahora, otro mundo todavía es posible, incluso cuando pareciera que debemos renunciar al futuro, porque este se

nos muestra sombrío. Cualquier momento es un buen momento para la salvación, si nos ponemos en camino al encuentro con Dios a través de una praxis de liberación animada por el Espíritu. El filósofo y teólogo judío Franz Rosenzweig también lo supo decir: “El día del mundo, en su último instante, se revela como lo que fue en su primer momento: como día de Dios, como día del Señor”⁷. Como anunciaba Ellacuría, la salvación es un camino que arranca cuando nacemos como humanidad nueva, según el modelo del Jesús histórico. Quisiera cerrar estas reflexiones recordando con Ellacuría que no hay mundo nuevo sin hombres y mujeres nuevos, ni salvación sin liberación. La historia sigue abierta y puede ser posibilidad de mayor bien o mayor mal, por lo que debemos seguir escrutando el signo de los tiempos para que cada día sea el día de Dios:

“No hay hombre sin tierra; no hay novedad del hombre sin novedad de la tierra. La tierra significa aquí la totalidad del mundo social e histórico en el que el hombre vive. Puede decirse que el hombre nuevo hará nueva la tierra, pero de igual forma que la tierra nueva y buena hará hombres buenos y nuevos. Es un hecho por demás constatado hasta qué punto la configuración de la vida humana depende de la estructura social en que se desenvuelve, que nunca será neutra para él, sino principio de humanización o deshumanización, principio de vida o muerte, principio de pecado o de gracia”⁸.

7 Rosenzweig, F. *La estrella de la redención*. Salamanca: Sígueme, 1997.

8 “Historia de la salvación”, en *Escritos teológicos I*. San Salvador: UCA Editores, 2000, p. 613.